

**DOMINGO IX DEL TIEMPO ORDINARIO (A)**  
**Homilía del P. Carles Gri, monje de Montserrat**  
**1 de junio de 2008**  
**Mt 7,21-27**

Hermanos: el Sermón de la Montaña puede ser resumido en una palabra: *amar*. Amar a Dios, amar al prójimo.

La palabra *amar*, sin embargo, es una palabra comprometida, implica la totalidad de la persona: razón, sentimiento, acción. Jesús no se conforma con un amor superficial, caprichoso, versátil. Él mismo nos ha dejado el paradigma del amor verdadero: entrega hasta el último aliento. En el reino de su amor, pues, no puede entrar el que se limita a decir: *¡Señor, Señor!*. Para ser admitido hay que cumplir la voluntad de Dios, como el mismo Jesús cumplió fielmente el plan salvador fijado por Padre.

Entre los que han sabido entrar en este reino del amor verdadero, sobresale a María, Madre de Dios. Todo su ser viene expresado en la respuesta que dio en el instante de la Anunciación: *He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra*. A partir de entonces, María se puso al servicio del plan de salvación: desde Belén y Nazaret hasta la Cruz y al Cenáculo. Llena de Cristo y de su Espíritu, lo hizo presente a su parienta Isabel con un gesto concreto de caridad fraterna; lo ofreció con amor a los Pastores y a los Magos; con gusto se exilió en Egipto con el fin de protegerlo de la persecución herodiana; se consagró a él en el silencio laborioso de Nazaret; dio testimonio de su fe en él en Caná; lo acompañó con amor transido al Calvario y al sepulcro; fue confort y atención para los apóstoles en el alba de la primera evangelización.

En ella, pues, podemos aprender el amor verdadero, el amor comprometido, el amor encarnado. Y eso en un clima de simplicidad, de paz, de discreción. En María no hay nada arisco, chillón, áspero o agresivo. María nos enseña a vivir las grandes exigencias del evangelio de manera amable, asequible y suave, sin que eso quiera decir arriar la bandera de la más alta fidelidad, de la más alta heroicidad. Es que María está llena del Espíritu de aquél que dijo que su yugo y su carga eran ligeras, ya que este yugo y esta carga eran el portal de la paz y de la ternura de Dios.

Hermanos, hermanas: el mundo, como siempre, necesita muchas cosas, ninguna, sin embargo, con más urgencia que la palabra vivificante de Dios, que es amor. Así, pues, con el espíritu de María, coherentes con el evangelio, anunciamos la buena noticia con firmeza y con convicción, ungidas, sin embargo, con la benignidad, lucidez y mansedumbre propias de Cristo y de su evangelio de vida, de luz y de amor. ¡Así sea!